

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes.....	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por un año.....	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . .	15 reales
Por seis id.	28 »
Por un año.....	50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses....	30 »
ULTRAMAR.—Un año.....	6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas. 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

Los ecos marciales de patrióticos himnos llenaban el espacio; Madrid se despoblaba; cerrado el taller, desierta la cátedra, sin fieles las iglesias, toda la animación y el movimiento todo afluían al Prado; era aquello una romería improvisada. Por aquí sedas y encajes, trenes suntuosos por allí, por todas partes indescriptible regocijo, y, como coronamiento de lujo tanto y de tan inusitada alegría, treinta y seis mil hombres luciendo sus belicosos arreos y sus continentes apuestos para proporcionar unas horas de honesto pasatiempo y de recreo lícito á las hermosas madrileñas.

No, no es cierto que la suprema felicidad produzca la muerte, como algunos aseguran, no es cierto; ¿cómo puede serlo si pasó el domingo y vivo todavía?

Pero, como digo una cosa digo otra; yo confieso—dando una muestra inequívoca de mi lealtad y de mi franqueza—que aun no he muerto; pero debo añadir que con dificultad habria resistido tan dulces emociones si ellas hubieran sido más duraderas.

Por fortuna, el tiempo no pasó inútilmente; deslizaronse veloces las horas—que siempre son breves los instantes del placer;—las tropas desfilaron, los curiosos desaparecieron poco á poco, y cuando la noche se adelantaba ya para cubrir con su manto oscuro el inmenso escenario, todo se habia desvanecido; ni actores, ni público, ni comparsas se veían por aquellos contornos, y de tan grandioso espectáculo restaba solamente un recuerdo melancólico—como la memoria triste del bien perdido—recuerdo que nunca se borrará de mi alma.

Cuando un día y otro el espíritu fatigado estudia con dolor los acontecimientos; cuando justificados temores de un porvenir doloroso hacen desear la continuación indefinida de un triste presente; cuando nadie puede mirar en rededor suyo sin que sus miradas encuentren, por do quiera, dificultades inmensas, obstáculos insuperables, peligros sin cuento, es grato al ánimo elevarse á otro orden de consideraciones, dar distinto rumbo á las ideas, y consagrarse, puesto que haya de ser por poco tiempo, á la contemplación de algo bello, de algo solemne.

¿Y qué mayor solemnidad que la revista del domingo? En ella, dando al olvido sucesos dolorosos y presentimientos amargos, tocaba yo lo bello ideal de la ventura humana. Lindas niñas, mujeres hermosas, jóvenes atildados, severos papás, mamás complacientes pasaron por delante de mí en interminable procesion, y ni un solo rostro pude ver en que no se retratase la alegría más viva y el gozo más envidiable.

¡Bien hayan una y mil veces los que concibieron y realizaron la feliz idea de la revista!

Cerca de cuarenta mil hombres formaban en el Prado: aquí el regimiento de Luchana; allí el batallón del Hospicio; más allá la artillería de á pié; á su lado los

voluntarios de la Audiencia, y el regimiento de Cantabria, y los voluntarios de Buenavista, y la caballería, y la artillería, y todos los institutos, y todas las armas, y todos los milicianos, todo estaba reunido en aquel sitio. Los plumeros flotaban graciosamente á merced del viento, inquieto y caprichoso; el oro de los uniformes reflejaba con fuerza los rayos del sol; los colores varios de los trajes recreaban la vista, y el brillo de las bruñidas armas prestaba al cuadro severidad y rudeza.

Contemplando aquella inmensa línea de hombres tan digna y tan noblemente ocupada en lucir vistosas galas y en recrear los ojos de tan noble y tan escogida concurrencia, surge espontáneamente en la imaginación el recuerdo de lo que esos mismos hombres hubieran llegado á ser si nuestras sábias instituciones no hubiesen preparado para ellos tan brillante destino.

Ese hombre fornido que maneja el corcel revoltoso como si fuere manso cordero; ese hombre que hoy atrae la atención de tanta dama elevada y de tanto personaje distinguido, habria sido... ¿quién sabe? un rudo labrador: consagrado todo el día á las faenas penosas del campo, se retiraría—llegada la noche—á su tranquilo hogar, donde una aldeana inculta y sin educación le tendria preparado acaso un grosero alimento, bien inferior al rancho que en el cuartel le proporcionan.

¡Qué contraste!

Aquel de más allá ostenta en su manga los galones de sargento; su mirada viva y penetrante revela inteligencia; tal vez á estas horas se consumiria ignorado en un modesto taller, cooperando con su ingenio al desarrollo de la industria, contribuyendo con su trabajo al progreso de la clase trabajadora, enseñando tal vez con su ejemplo. ¡Cuán distintas una y otra ocupación! Allí nadie le veria; sus laboriosas tareas llamarían apenas la atención de su maestro, avaro y envidioso; aquí su actividad, su apostura marcial excitan la admiración de algunas graciosas costureras y de muchas criadas de escalera arriba.

Y este y aquel, y el otro y todos, ¿qué serian? Obreros humildes, industriales oscuros, infelices fabricantes, toscos jornaleros, en fin; todo lo que la sociedad no necesita, todo lo que sobra en el mundo; y ¿qué son hoy? Hoy—¡envidiable suerte!—hoy, en apariencia, son objeto de entretenimiento para desocupados señores y aristocráticas mujeres; en realidad instrumento ciego de torpes ambiciones y de bastardos deseos.

¡Envidiable suerte la suya!

Y si, en alas de una inspiración profética, pretendemos descender una punta del velo que cubre los acontecimientos de mañana, ¿cómo no hemos de envidiar la suerte de estos hijos predilectos de la fortuna?

Una muerte vulgar, sin lances episódicos, las lágrimas de una familia cariñosa, si ya no el lecho repugnante de un hospital, es el fin del trabajo asiduo y de la vida laboriosa; para el soldado, la muerte del héroe en el campo de batalla, ó el recurso sagrado de implorar la caridad pública, dando alimento á los impulsos generosos y compasivos con el espectáculo de una lesión irreparable.

Y si de los soldados pasamos á los milicianos, si de los militares forzosos volvemos la vista á los voluntarios, habremos de reconocer que no era menos airoso su papel en la función del domingo.

Honrados menestrales, comerciantes probos, celosos empleados, trabajadores todos y padres de familia en su mayor parte, ¿en qué habrían empleado mejor el día? Tal vez se hubieran entregado al descanso para reposar de pasadas fatigas, recobrando fuerzas para tareas futuras; acaso hubiesen perdido muchas horas paseando con su esposa y sus hijos por los prosáicos alrededores de la Florida ó del Vivero; ¿y qué vale esto comparado con el descanso que proporciona andar de acá para allá con su fusil al hombro, presentando la arma á cada general, dando un paso á la izquierda y despues tres á la derecha, y así alternativamente hasta tomar una posición definitiva? Y no digamos nada del desfile; ¿qué placer es comparable al que habrá sentido en lo más profundo de su alma algun voluntario bonachon, cuando al subir jadeante de fatiga y sudando la gota gorda por la calle de Alcalá, marcando el paso con la escrupulosidad propia del asunto, haya visto, confundida entre la muchedumbre, á su excelente esposa, rodeada de los chiquitines que se despepitaban por llamar la atención del papá, haciendo gestos, dando voces y agitando las manos?

Y no quiero hablar del placer inefable, del regocijo íntimo sentido por el papá que logra la dicha de llevar en la fila á su primogénito de ocho años: esto excede los límites del humano deseo.

He hablado del desfile: sí, sí, el desfile trae á mi memoria un luminoso recuerdo. Dos horas y media duró; pasaba un regimiento, y despues otro, y otros inmediatamente, y otros, y otros muchos; pasaron treinta y seis mil hombres: ¿son muchos, verdad? Pues esos, pocos más, pocos menos; son los hombres muertos en una de las muchas batallas de la guerra entre Francia y Prusia.

Imaginando todos los hombres que componían la gran parada tendidos en el suelo, unos ya cadáveres, otros moribundos, si prescindimos del brillo de las armas y del lustre de los uniformes; si nos figuramos por acá y por allá miembros humanos sembrados por el campo, y charcos de sangre, y restos desfigurados de hombres, tendremos una idea de lo que significa una de esas batallas que la miserable ambición, la criminal codicia y la crueldad de dos monarcas han ocasionado.

Déjenme Vds. decirlo una vez más:

¡Viva la monarquía!

¡Ay! Cuando venga nuestro futuro rey, ya nos propinará otra gran revista. Mucho lo deseo.

A. Sanchez Perez.

LOS PRÍNCIPES.

Dicen algunos diarios que, según opinión del duque de Nemours, las dos ramas de su familia deben unirse, modificar su sistema de gobierno, y hacer, en

fin, todo lo necesario para que Borbones y Orleans puedan imperar cómodamente sobre los franceses.

Este recurso puede ser excelente para aquellas desgraciadas familias, y en cuanto á modificar su sistema, creo que harian muy bien, toda vez que los franceses emplearon primero la guillotina para los Borbones, y despues, cuando se trató de Luis Felipe de Orleans, intentaron valerse de otros aparatos, y habrian seguido haciendo modificaciones, si el rey ciudadano no hubiese abandonado el poder que ahora tratan ya de repartirse los de su sangre.

De relieve se vé aquí que en encasquetándose un hombre que es príncipe y ha de reinar, ni leyes, ni ejércitos, ni revoluciones le curan, y esto me explica el porqué de las máquinas de Fieschi y de las bombas de Orsini.

Me lo explico, porque viendo la impaciencia de los príncipes por reinar, comprendo la impaciencia de los súbditos por ser libres; y mientras haya pretendientes al trono que para dominar á los otros echen mano de fusiles y cañones, bien le ha de ser lícito al que sólo pretende su libertad emplear siquiera un proyectil de los que se emplean al por mayor para fastidiarle.

Pienso yo muchas veces que las pobres víctimas que sufren hoy los horrores de la guerra en Francia estarán deseando, como es muy natural, la paz para dedicarse al trabajo, para emprender estudios y negocios; pero ¡los príncipes! Los príncipes se ocupan ya de cuándo podrán percibir abundantes cantidades de la lista civil; y mientras la verdadera Francia desea que llegue el momento de producir, Borbones y Orleans esperan ansiosos comérsele parte del producto.

Hay que acordarse del señor infante que fué de España, D. Sebastian, y de aquel príncipe de la Iglesia, fray Cirilo, que mientras tuvieron la menor esperanza combatieron á Isabel II, y cuando se vieron perdidos á acataron por reina, se vinieron á Madrid, llamaron gavilla de perdidos á sus antiguos amigos, y metieron las manos hasta los codos en nuestro dinero.

¡Los príncipes! Un príncipe puesto á discurrir, á hacer fuerza, á pelear, llega cuando más á discurrir, á hacer fuerza y á pelear como uno; pero consume por millares.

¿Hay guerra civil que no tenga príncipes interesados en prolongarla?

¿Hay trastorno público de que no se proponga sacar hueso algun príncipe?

¿Hay violencia á que renuncie un príncipe? ¿Hay abuso que no parezca natural en ellos?

No hay más que recorrer las usurpaciones que unos contra otros han llevado á cabo; la facilidad con que se han descasado y se han vuelto á casar, aun dentro de aquellos periodos llamados religiosos; las venganzas que unos de otros han tomado, y la audacia con que han atribuido á donativo de Dios lo que la vispera han alcanzado del hierro, del fuego ó del veneno.

Repárese, nótese cómo donde quiera que ocurre un conflicto asoma un príncipe á preguntar cuánto va ganando.

Los Orleans se sentaron sin inconveniente en el trono de la dinastía legítima; Bonaparte se sentó en el mismo asiento, confiscando lo de los Orleans; el mismo duque de Montpensier se sentaria de buena gana en el asiento que dejó vacío Isabel II.

¡Oh, los príncipes! Día vendrá que no se les permita salir á la calle sin maza, para que todo el mundo sepa cuando los tenga cerca.

Por un trono... desde cambiar de religion, que les es muy fácil, hasta matar, que no les es muy difícil, todo están dispuestos á hacerlo.

Cuanto más roban al pueblo para hartar á sus cómplices, más fama de generosos cobran.

Los príncipes son animales dañinos, salvo honrosas excepciones (que no se ha podido averiguar cuáles son), y sin embargo tienen sus parásitos.

Pensad en el horror que causará dentro de un siglo la noticia de que los Orleans ya se ocupan hoy de cuando vuelvan á reinar en Francia, y decidme qué es un príncipe.

Roberto Robert.

NOTICIA.

Dejemos que el Papa deplora á su manera la pérdida de sus vasallos, su ostentacion y su reino de la tierra, protestando de lo que él llama atropello.

Dejemos que Prim forme en el Prado los soldados con que de cuando en cuando quiere darnos á entender que es el amo.

Dejemos que Ruiz Zorrilla parodie á Cincinato á su modo y manera, pretendiendo al propio tiempo ser el norte y guia de la política española.

Dejemos á Paris bombardeado, á la comision permanente de las Cortes españolas rezando sus setenarios los viernes; dejémoslo todo, en fin, y hablemos...

Ya se me traba la lengua, la mano se entorpece, la imaginacion se embota, el corazon me da cada rebote que parece querer salirse del pecho. Y sin embargo, estoy loco de alegría.

Pero ¡qué demontres, si ello ha de ser, si lo he de decir!

Hablemos, pues, de ello; pero no estará de más prevenir á Vds., porque la cosa es tal que al que no le deje mortal del susto, le matará con el entusiasmo y el alégron (yo soy de los últimos).

«Se ha dado orden...»

Como Vds. ven, la cosa, sea cual fuere, no empieza mal. Dar orden aquí donde el desorden es la base de todo, es tanto como poner la mano en ese cielo azul

que todos vemos. Adelante:

«Se ha dado orden para que en el improrogable término de veinticuatro horas...»

Estoy seguro que ya han comenzado Vds. á hacer conjeturas. ¿En veinticuatro horas? ¿Qué será ello? Porque un golpe de Estado se da en ménos tiempo; para buscar un rey se necesita más. ¿Qué será? ¿Qué no será? En fin, veamos:

«Se ha dado orden para que en el improrogable término de veinticuatro horas el convento de las Salesas...»

Aquí sí que habrá crecido el asombro de Vds. Sacar á relucir el convento de las Salesas al cabo de cuatro ó cinco años que... Porque estoy seguro que á ustedes, liberales acaso, y por ende enemigos de... ciertas cosas, lo primero en que se les habrá ocurrido pensar es en si se habrán repetido aquellas edificantes escenas que tanto dieron que hablar en Madrid hace algun tiempo, y cuyo protagonista dejará nombre de generacion en generacion. Pero no, no es eso, por fortuna. Tranquílense las gentes honestas y lean:

«... el convento de las Salesas quede completamente desocupado...»

¿Lo ve Vd.?—dirá alguno.—¿Quién no observa que esa disposicion obedece á una medida sanitaria? Una de dos, ó la fiebre amarilla ó el monaguillo.—Pero no, tampoco esta vez andan Vds. por lo cierto.

«... el convento de las Salesas quede completamente desocupado, para instalar en él el palacio de justicia, que tan necesario es á la capital de la Española regenerada.»

¡Ya salió! Ahí está toda la noticia, que entregó á la consideracion y examen de Vds.

Demasiado comprendo yo que tan fatal nueva ha de llenar de angustia el corazon de algunos católicos y el de varias católicas—con especialidad.

Contaba así mismo con el desmayo de algun que otro clérigo; con el arrepentimiento de algun revolucionario condicional; con los ataques de la prensa de sotana; con la reprobacion de tal cual progresista santurrón; con todo eso contaba, pero la noticia ha curado unas calenturas que yo padecia y me ha rejuvenecido de tal modo, que he dado cuatro zapatetas al aire y me he decidido á comunicarla á mis lectores para que tengan hoy un dia de regocijo.

Es el único obsequio que puedo hacerles.

Ahora va á ser el llorar de las beatas—lo sé bien—el maldecir de los obispos, el conspirar de lo firme algunos sábios fundidos y el echar mano de los improprios contra la revolucion, contra la democracia y contra los tribunales de justicia los católicos de todas razas.

No faltará quien diga que la evacuacion es un atropello; ¿y qué? ¿Cuántos atropellos no habrán presenciado aquellos átrios de piedra!—(Aunque, bien mirado, tanto como atropellos puede que no los haya habido).

Resulta, pues, que el gobierno ha hecho algo bueno una vez.

Se le puede perdonar lo de la funcion militar del domingo á cambio de esta disposicion liberal y sana.

Pero no; no quiero llegar á los elogios, porque no se crea que me encuentro ya satisfecho.

Para mi satisfaccion necesito yo una medida como esta todos los dias.

Pero ¡ah! ¡Son tan poco frecuentes estos dias de regocijo! En fin, aprovechemos la ocasion. ¡Regocijémonos!

CORZUELO.

DOBLE JUEGO.

Fueron los alardes vanos é inútil bravura tanta; cayó al fin la ciudad santa en poder de los profanos.

Y aunque del mundo señora fué cuando el Papa la tuvo, no sé si entonces lo estuvo, ó está profanada ahora.

Sé que todo era locura y religion aparente, mientras se ahorcaba á la gente en ménos que canta un cura.

Que al conspirador con ira privaba de su albedrío, y que hoy no prenden á Pio á pesar de que conspira.

Que los romanos, que á gusto con su Papa se encontraban, al ver que se le dejaban por poco le dan un susto.

Y que en todos estos... lios, para el Papa tan crueles, no busca amor en los fieles, sino amparo en los impíos.

Puede darse testimonio de que es un lance no visto: como si pidiera Cristo la proteccion del demonio!

Mas si al invasor recurre cuando el temor le amedrenta, al terminar la tormenta protesta de cuanto ocurre.

Protesta para su mal dejando su tono manso, haciendo boca de ganso la boca de un cardenal.

Usando estas zarandajas, se entrega, ya no se entrega; el rey infalible juega con diferentes barajas.

Y la Italia sufre en tanto del Papa la algarabía; él, por ménos, ahorcaría al mismo Espíritu Santo.

¿Cuál es mejor acomodo para el moderno deseo: un Papa infalible y neo, ó un pueblo, falible y todo?

L. C.

¿DÓNDE ESTÁ PRIM?

¡Jesús, Señor! ¡Ni que fuera el niño perdido!

Andaban el lunes desalados preguntando por el general Prim muchos individuos... Precisamente los que más quisieran que se hubiese perdido para siempre.

—«El general Prim ha desaparecido de Madrid; no dan cuenta de él en parte alguna... ¿Sabe Vd. dónde estará?»

—Pero, hombre, si el general Prim quisiera esconderse, ¿cree Vd. que iria á dar las señas de su escondrijo á los redactores del *Gil Blas*?

II.

Hemos ido á las estaciones de los ferro-carriles, al ministerio de la Guerra, al palacio del Congreso, y en parte alguna nos dan razon de su paradero.

¡Jum... tenemos presentimientos vagos, pero profundamente lúgubres!

Mire Vd. que el domingo asistió á la revista un individuo vestido de paisano, que ocupó el lugar de preferencia junto al Dios Padre, es decir, junto al re-



—No pica ninguno y me alegro, porque así me dura más tiempo la diversion.

gente; mire Vd. que en Madrid hay muchos portugueses de incógnito; mire Vd. que el telégrafo no deja de llevar y traer dimes y diretes entre el gobierno de España y el de Prusia; mire Vd. que son incasantes las relaciones entre Italia y España...

—Y bien, si todo eso fuera cierto, todo ello sería muy natural. ¿Qué deduce Vd. de ello?

—Horrores, mientras no sepa dónde está el general Prim.

—Pero, hombre, suponga Vd. que está en el Escorial; suponga Vd. que se halla en casa de aquel vi-driero donde conspiraba O'Donnell en 1854; suponga usted que se encuentra en una de las infinitas moradas donde han conspirado y conspiran moderados y absolutistas y tradicionalistas adversarios del absolutismo; ¿qué le importa a Vd.?

—¿A mí? ¡Mucho, muchísimo; que temo grandes calamidades para la patria!

III.

Pues mire Vd., prenda, suponiendo que el general Prim haya desaparecido para siempre del universo; como no puede haberse llevado al otro mundo la no-cion de los derechos individuales, no nos arruina con su desaparición.

¿Me habla Vd. de personajes portugueses? Pues si el general Prim, que tantos errores ha cometido, conspirase en estos momentos para realizar la unión ibérica, ¿gree Vd. que yo habría de ir a estorbarle en una buena obra que podría redimirle de muchos pecados? No, señor, de ningún modo. Dados los alardes monárquicos del general Prim, lo mejor, lo menos malo, si Vd. quiere, que podríamos esperar de él, sería que realizase la unión de todas las provincias peninsulares... Con que...

—¿Y si tramase algo con Victor Manuel?

—Si tramase algo con Victor Manuel, cuando menos tendríamos una garantía contra la vuelta de los Borbones, y no creo que debería yo deplorarlo.

—¡Hombre! No he visto demagogo más mucilaginoso que Vd. ¡Vaya un optimismo! Todo lo ve Vd. de color de rosa.

—Se equivoca Vd. Veo al general Prim de color pálido; al partido teocrático de color negro; al partido absolutista de color de sangre; a la situación actual de colorines...

IV.

—¿Pero le parece a Vd. que no hay nada que temer?...

—Sí hay, mucho.

—¡Ajá! Por eso pregunto yo: ¿Dónde está el general Prim que no se sabe de él?

—Hombre, donde quiera que esté, de seguro que no se halla trabajando en favor de Isabel II ni de Montpensier. Como yo ya sé que por ahora a lo menos no ha de hacer nada en favor de la república, y como presumo que tampoco puede hacer nada en contra del desenvolvimiento de las ideas republicanas, me tienen sin cuidado sus ausencias.

—¡Quite Vd.! ¡Son Vds. lo más tibio!...

—¡Olé! ¡Ahora somos tibios! Mañana dirán Vds. que somos teas incendiarias.

—Pero esa desaparición, ese ocultamiento repentino, esas confabulaciones sordas, esa conducta misteriosa... ¿no despierta sus recelos de Vd.? ¿No le dan vivo anhelo de averiguar cuanto antes dónde está Prim?

—No, no, no. Me parece que hablo en castellano. El general Prim tiene muchos quebraderos de cabe-

za, porque los progresistas no saben secundarle, los demócratas no son un partido, los unionistas no le aman sino con su cuenta y razón y los republicanos le sobran. El quiere el poder, y como no se pescan truchas a bragas enjutas, estoy seguro de que a estas horas se estará mojando...

V.

En efecto. Según *La Correspondencia*, mientras se hacían comentarios sobre la ausencia del presidente del Consejo de ministros, éste se hallaba inaugurando la caza de aves acuáticas en una posesión comprada a este efecto entre unos amigos.

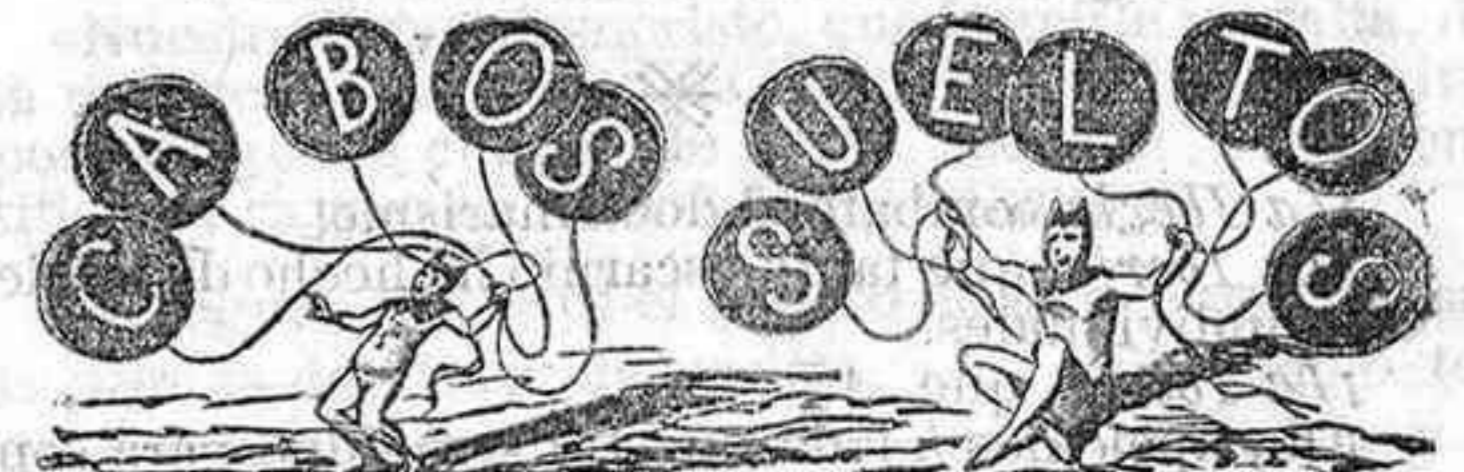
El encaballamiento de suposiciones tremebundas cayó en el agua.

El general Prim ha vuelto a dar razón de sí y no ha ocurrido nada de particular en el universo.

Montpensier y Carlos VII se encuentran ya en el caso de llamar a Isabel II, y ver si logran entrar con un convenio de seguros mútuos.

Vamos, señores, ya pareció el general Prim. No trae candidato, modificación, ni demagogia. ¿Y qué?

Roberto Robert.



Ha llegado a nuestras manos una especie de publicación que lleva por rótulo:

*El federal radical,
periódico popular.*

Y que se llama *aún* «diario defensor de los intereses de los pueblos españoles, y político.»
No acierto á explicarme cómo *El Imparcial* no ha sacado partido de todo esto para hablar de nosotros. Ea: ¡valor, monárquicos, que el asunto se presta!

Pues allá va un pedazo del susodicho diario *federal, radical y popular*:

«Pero habiendo visto impresas ciertas calumnias en un periódico, con dañadísima intención, que (*falta una v*) tienen relación con la publicación de este, no podemos prescindir de que (*falta otra v*) tal alusión gede (*¡hombre! Falta otra v y van tres*), sin contestación, para que (*decididamente, este señor tiene declarada guerra á las UES*) el público juzge (*¡otra te pegó!*), sintiendo ver, bajo el grandioso nombre que (*¡Loado sea Dios! Ya hay un que bien escrito*) encabeza aquel periódico, donde hemos leído mentiras rastroterras é insolentes.»

So... siéguese Vd., hombre, y sepamos qué periódico es ese y de qué calumnias se trata.

¿Podrá decirme el señor director de Instrucción pública, ó si se quiere el ministro de Fomento, qué razón existe para que en el Instituto de Bilbao el único catedrático excedente sea el que obtuvo la cátedra por oposición?

Lo digo porque el sugeto en cuestión es republicano, y sería bueno saber si es por eso...

Se queja *Las Novedades* de que la primera noche de *Los magyares* los entreactos eran muy largos y la representación acabó después de la una.

La misma noche se estrenó en el teatro Español *El encapuchado*, y acabó á las doce habiendo empezado á las ocho y media. Tres horas y media para tres actos regulares, sin maquinaria ni nada extraordinario.

Gil Blas se ha quejado muchas veces de estos abusos.

Hoy que *Las Novedades* ha caído también en la cuenta, bueno será recordar al público que no tiene otro medio para obligar á las empresas á tratarlo con más respeto que el pedir á *grandes gritos y con estrépito* que se levante el telón.

No hay reglamento de teatros que obligue á los actores á hacer más breves las tertulias en sus cuartos.

No hay empresario que tenga energía para hacer que los entreactos ordinarios no pasen de diez minutos, porque esto aumentaría el espectáculo en beneficio del público y en perjuicio del tanto por ciento.

¿Me entiende Vd.?
Y como no es justo que se pague el dinero para estar media hora esperando de acto á acto (¡me parece á mí!), justo, justísimo será que el respetable público se tome la satisfacción por su mano y á fuerza de alborotar consiga ser atendido.

Y si algun silbante de las butacas se incomoda diciendo que esas demostraciones no son propias de pueblos cultos, no se le hace caso; lo único que no es propio de un pueblo culto es que los señores actores y actrices necesiten media hora de acto á acto para descansar de un trabajo que suele tener muy poco mérito.

Lo que no se consiente en ningún pueblo culto es que se abuse tan descaradamente del pobre espectador que da su dinero, y que debiendo ser el amo parece ser el criado.

Yo aseguro á nuestro público que si en París tardasen media hora en un entreacto, sin causa que lo justificase, hasta las butacas serían arrojadas á la escena.

Así, pues, ciudadanos, en todo entreacto que pase de diez minutos teneis el derecho de pedir que siga la función.

¡Un periódico que recomienda para rey á Montpensier, recomienda también el discurso del señor doctor Rico y Sinobas!

¡Si no podía ser otra cosa!
¡Oh!...

«¡Vuelve, fiero berberisco, vuelve...!»

Doña Isabel suprime las pensiones que daba á sus ociosos campeones; cunde, por consiguiente, un pánico feroz entre su gente, y ¡oh dioses inmortales! algunos de ellos se hacen liberales.

¡La Iberia combate el doctrinarismo!
¡La Iberia, que tanto escarnio ha hecho de los derechos individuales!
¡La Iberia, que...!
¡Oh, apelemos á toda nuestra serenidad para soportar las grandes emociones!

De los empleados de Alicante que han abandonado sus puestos se dice que el gobierno los ha de declarar cesantes.

¿Pues por ventura al *cesar* de hecho voluntariamente no se han declarado ya cesantes á sí mismos?

Lo que debería hacer el gobierno sería declararles incapacitados para desempeñar destinos públicos en lo sucesivo.

Y esto es lo que no hará.

—¿No le parece á Vd. que al ofrecer el trono á don Fernando tocamos el violón?

—Precisamente D. Fernando toca la flauta; puede que demos concierto.

Hé aquí cómo un ciudadano de Barcelona termina sus cartas de algun tiempo á esta parte:

«Mande Vd. á su afectísimo amigo, que le desea salud y *Tiro Nacional*,

FULANO.»

El conde de Chambord ha dirigido también su manifiesto á los franceses, en el cual termina diciéndoles que *esperen tranquilos*.

Mejor harán en esperar sentados.

Strasburgo, según *La Liberté*, no se rindió por hambre, sino porque temió ser acuchillada por los sitiadores.

Vea Vd. un género de gloria con el que hasta ahora no se había contado en los fastos militares.

Si lo que dice *La Liberté* es cierto, bien merece elogios la prudencia con que han obrado los defensores de Strasburgo.

Pero entendámonos: para la prudencia no hay coronas.

Se quejan de no recibir el *Gil Blas*:

El Casino Orensano (Orense), y D. Domingo Plata (Ferrol).

Esta Administración los sirve puntualmente. Se suplica á la Dirección de Comuniquea *co* es que ponga remedio, si puede.

El día 10, cumpleaños, ó cosa así, de doña Isabel de Borbon, publicó *El Tiempo* un brindis, que venia á decir:

«Por S. M., por la reina legítima, por *Puigmoltejo* y por *toos* los forasteros.»

Después de este desahogo creará todavía *El Tiempo* que es mala la libertad.

Pues bendita sea la libertad, que permite estos erup-tos sin que ningún estómago se remueve.

Un diario neo me dice que el Papa no quiere nada con ó de Victor Manuel.

Un despacho telegráfico me asegura que el Papa ha recibido ya las 50.000 coronas que Victor Manuel le envia para el pago de la mensualidad de octubre.

Vds. no comprenderán cómo un hombre que no quiere nada de otro, recibe dinero.

Pues de estos misterios está llena la santa Iglesia.

La union liberal se chuparía los dedos de gusto con un ministerio puramente progresista.

Item más: con que Ruiz Zorrilla fuese el jefe del partido en lugar del Sr. Prim y Prats, en quien empezó á reconocer el talento de desagradar á los unionistas.

Todos estos planes vendrian de molde á estos señores cucos.

¡Ya lo creo!
Seria lo mismo que decirle á un hombre hambriento:

—Amigo mio, ¿le gusta á Vd. pollo con tomate? Pues ahora mismo se lo voy á poner en la mesa.

Pongan Vds. á los progresistas en la situación del pollo, y díganme quién será el comido.

Periódicos madrileños de este mes llaman teatro Real al de la Opera, y emperatriz de los franceses á la condesa de Teba.

Los absolutistas llaman Carlos VII al niño Terso. Los ministeriales llaman coalición á amenazarse unos á otros.

Pues señor, llámale *h*.

He visto un parte de Paul y Angulo, en que dice desde Tours que no hay dinero ni recursos para la legión.

Pero ¿había legión?

Ha empezado á publicarse *La X*, un periódico destinado á la gente de buen humor, pues se ocupa de charadas, jeroglíficos, problemas, acertijos, y todo lo

que puede distraernos de los grandes quebraderos de cabeza que nos trae la política.

De este nuevo colega copio esta graciosa observación:

«Con un duro,
Un madrileño va á los toros y al café, y convida á un amigo.

Un gallego no hace nada: lo entierra.

Un catalán gana otro duro.»

El Encapuchado, de Zorrilla, es más bien una leyenda que un drama.

Sin embargo, por respetos al autor, la empresa del teatro Español ha hecho bien en presentarlo.

Y los primeros actores Matilde, Valero y Catalina merecen plácemes por su buena intención tomando parte en la obra.

Han cumplido, pues, con su deber la empresa, los actores y el público llamando al autor y aplaudiendo alguna que otra vez.

Por lo demás, la obra no ha hecho felices ni á la empresa, ni á los actores, ni al público.

Ya tenemos otra vez de caza al regente.

Es su monomanía.
Y aun se obstinan en darle atribuciones; y ¿para qué le servirán? No: un hombre como el general Serrano,

ya luce con la duda, ya brille con la fé, cuando halla en su camino el cetro de la tierra lo mira, y, desdeñoso, lo aparta con el pié.

El duque de la Torre ya ha mirado las atribuciones; ahora no falta sino que las aparte con el pié.

Dicen los del orden: «Si los prusianos bombardean á París, no sabemos lo que será de la capital entregada á los rojos.»

Pero, hombres, ¿no hemos averiguado ya lo que ha sido de Francia entregada á Borbones, Orleanses y Bonapartes?

Tengamos ocho días de paciencia, y averigüemos lo de los rojos, que aun está por ver.

En un manifiesto atribuido á Luis Bonaparte se lee lo siguiente:

«La prosperidad solo se encuentra en el respeto á las instituciones inviolables.»

El violador de la república, el asesino de la libertad francesa es muy capaz de haber escrito las líneas que hemos transcrito.

Cuanto más deshonesto el documento, más suyo me parece.

¿Con que doña Isabel de Borbon permanecerá largo tiempo en Ginebra?

¡Qué caprichosilla! La república se le entra en casa, y ella la va á buscar á otra parte.

NUEVA GUANTERÍA.

Las personas elegantes hallarán un gran surtido de GUANTES DE PIEL de primera calidad en

EL BUEN GUSTO, 19, CALLE DE CARRETAS.

SALA DE ARMAS DE MR. BROUTIN,

Calle de Carretas, núm. 27.

Lección diaria de florete y sable.—Tiro de pistola de salón.—Las personas que lo deseen podrán recibir la lección á domicilio.

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANÍA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.